

alternativa en que le ponía su adhesión al club. Robespierre nunca había dominado á los jacobinos: la gran influencia que sobre ellos ejercía era debida únicamente á su oratoria, y á pesar de todos sus triunfos nunca pudo creer poderse tomar mayores libertades que otro cualquiera. Cuán lejos estaba su influencia de ser una verdadera dominación se vió entonces, cuando el club se encontró solicitado por influjos encontrados, y él mismo, aun cuando hubiese querido, no habría podido imponer su voluntad, pues lo mejor que habría podido suceder era que el club quedase dividido en dos parcialidades. Para casos como aquel tenía Robespierre un recurso, en el que nadie le igualaba: conocía perfectamente la naturaleza y la fuerza de las sensaciones á tenor de las cuales solían juzgar y proceder, y las conocía porque su corazón y su alma rebotaban de ellas; y cuando los jacobinos parecían estar ó estaban realmente en lucha, sabía distinguir perfectamente los que en definitiva debían triunfar de aquellos que al primer embate sucumbían ante una mediana superioridad. Entre aquellas sensaciones, ninguna había tan poderosa como el miedo á la contra-revolución, á los realistas y á los aristócratas; y así los aplausos que estos tributaban al *Viejo Franciscano* eran una especie de proscripción para el periódico, cuando no para el mismo autor. El día 7 de agosto de 1793 el club trató de esta cuestión en una sesión tempestuosa.

Robespierre dijo: «Hace algun tiempo usé de la palabra para defender á Camilo cuando fué acusado por los jacobinos. Entonces me permití hacer sobre su carácter algunas observaciones que la amistad permitía; hoy debo usar un lenguaje completamente distinto. Camilo había prometido abjurar de las herejías, de las proposiciones erróneas y malos contenidos en algunas páginas del *Viejo Franciscano*; pero embriagado por la sorprendente aceptación que tuvieron sus números y por las pérfidas alabanzas que los aristócratas le prodigaron, ha continuado por la senda que el error le trazó. Sus escritos son peligrosos, pues alientan las esperanzas de nuestros enemigos y aumentan la pública corrupción. Los escritos de Camilo son censurables, no hay duda, pero es preciso establecer una distinción entre la persona y los escritos. Camilo es un niño mal acostumbrado, de buenas condiciones, pero llevado por malas compañías á caminos extraviados. Es preciso, pues, que nos indignemos contra sus escritos que el mismo Brissot no se hubiera atrevido á firmar, pero al propio tiempo debemos conservar entre nosotros á Desmoulins. Yo propongo que para dar el ejemplo, quememos los números de los folletos de Camilo.» «Muy bien dicho, repuso Desmoulins; pero yo digo lo que Rousseau: quemar no es contestar.» Robespierre replicó: «¿Cómo te atreves á defender escritos que son el júbilo de los aristócratas? Permíteme que te diga que si no fueses Camilo, no se guardarían contigo tantas consideraciones. La manera que tienes de justificarte me prueba que abrigas intenciones aviesas. «Quemar no es contestar,» ¿cómo puedes decir aquí estas palabras (1)?» Cuando Desmoulins recordó que había leído sus números á Robespierre antes de que fuesen dados á la imprenta y que le había pedido consejo acerca de cuál era el verdadero camino que debía seguir, contestóle Robespierre que no había leído todos los números, sino uno ó dos solamente, y que los demás no había querido leerlos porque se hubiera dicho que se los había dictado. El club acordó la lectura del número cuarto, que causó nuevamente gran descontento. En la sesión que se celebró al día siguiente leyóse el número tercero, y cuando iba á procederse á la lectura del número quinto, tomó la palabra Robespierre para poner fin

(1) *Hist. parl.*, XXXI, págs. 171-172.

á las cuestiones personales que en nada favorecían, según él, la solución del asunto, mientras Pitt y Coburgo se reían á carcajadas, pues el «brissotismo» se presentaba cubierto por una nueva máscara. Cuando el día 10 de enero el club acordó la expulsión de Desmoulins, supo Robespierre por medio de un discurso habilísimo hacer que fuese revocada sin que nadie pudiera echarle en cara el haber defendido á Desmoulins. Al jacobino Dufourny, que era quien había conseguido la expulsión, le desarmó preguntándole por qué se había opuesto á la expulsión de Philippeaux, que se había presentado en la prensa y en el club como acusador (2) de Ronsin por la manera como había dirigido la guerra de la Vendée y que era más culpable que Camilo, porque á lo menos Desmoulins había servido antes á la libertad, cosa que Philippeaux no había hecho nunca, y además el primero no alternaba con aristócratas, al paso que el último tenía entre ellos gran partido (3).

A fines de enero enfermó Robespierre, viéndose obligado á no salir de casa, y no pudo, desde el 4 hasta el 14 de febrero, asistir á la comisión de Salvación pública. Solo una vez habló en el club y otra en la Convención, pero el 19 de febrero tuvo que guardar cama, y en ella estuvo hasta el 13 de marzo (4). Durante el período en que Robespierre no pudo presentarse en la comisión, ni en el club, ni en la Convención, Saint-Just decidió la catástrofe de los hebertistas, á la que siguió inmediatamente la de los dantonistas. Saint-Just había regresado de desempeñar una misión, en la cual había tenido ocasión de probar cuán profunda diferencia existía entre él y los alborotadores y charlatanes, aulladores y destructores de su secta. Las indisciplinadas tropas del ejército del Rin habían aprendido á conocer en el joven prócónsul una energía tan indomable como las malas cabezas alemanas de Estrasburgo dentro y fuera del club jacobino de esta ciudad. Saint-Just tenía un carácter de tirano que no retrocedía ni se espantaba por nada; á pesar de lo que de comun tenía con muchos en la poca escrupulosidad con que escogía los medios, distinguíase de la mayoría de sus competidores en una cosa, y era en que nadie podía echarle en cara que su conducta se inspirase en otros móviles extraños al bien de su patria y en la gloria de sus armas tal como él entendía el concepto de uno y otra. El día 23 de octubre de 1793, apenas bajó del coche de viaje que le condujo á Estrasburgo, puso en conocimiento de la comisión de Salvación pública que había encontrado el ejército del Rin en un estado tal que hacía precisa la adopción de medidas para atajar la traición y la ignorancia (5). Al día siguiente, hizo degradar delante de sus tropas y entrar como soldado raso en un regimiento de la vanguardia á un oficial que se daba á la bebida. El día 24 publicó, con su compañero Lebas, una alocución á los soldados del ejército del Rin, en la cual les decía: «Lograremos, y lo juramos en nombre del ejército, que el enemigo sea vencido: si hay entre nosotros traidores ó simplemente indiferentes á la causa popular, tenemos ceñida la espada que ha de herirlos. Soldados, venimos para vengaros y para daros jefes que os conduzcan á la victoria: hemos resuelto buscar al mérito, premiarlo y utilizarlo, y castigar el delito, sea quien fuere su autor. Valor, animoso ejército del Rin; en lo sucesivo has de ser afortunado y has de triunfar con la libertad. Se ordena á todos los jefes, oficiales y agentes del gobierno de toda clase, que en

(2) *Hist. parl.*, XXXI, págs. 158-164.

(3) *Hist. parl.*, XXXI, págs. 238-242.

(4) Hamel: *Histoire de Robespierre*, III, págs. 412-414.

(5) Todo lo que sigue está tomado del abundante material de documentos que encontramos en la obra de Fleury: *Études révolutionnaires. Saint-Just et la Terreur*, Paris, 1852, II, capítulos 9 y 10.

el espacio de tres días atiendan las justas quejas de los soldados. Pasado este plazo las oiremos nosotros y daremos ejemplos de justicia y de severidad como no los ha visto todavía el ejército.» Con igual peso que los aristócratas de las ciudades sintieron los generales y oficiales el influjo del terrorismo, que allí como en otras partes se defendía con el derecho de la guerra y el peligro de la patria; solo que allí, entre aquella población en el fondo alemana, el fanatismo nacional se unía á la situación local para hacer los horrores más implacables. Días de oro fueron aquellos para los jacobinos de Estrasburgo, para el alcalde Monet y para sus adeptos. Saint-Just formó de entre ellos tres nuevas comisiones: una, revolucionaria, que supo elevar hasta 20,000 la cifra de los presos y que, como tribunal excepcional para todos los conjurados, mereció el nombre de «consejo homicida;» otra,

comisión de vigilancia, á la cual se confió la misión de dar á todos los patriotas cartas de seguridad impresas, es decir, el derecho de declarar arbitrariamente sospechoso á cualquier ciudadano por el solo hecho de no quererle entregar aquella carta. Esta comisión, en la noche del 30 al 31 de octubre, llevó á cabo un registro general en todas las casas de los «ricos egoístas» para poder encarcelar y ocupar sus papeles y tesoros á los banqueros, agentes de cambio y notarios que por su profesión estaban en relaciones con el extranjero, y el día 31 de octubre propuso un empréstito forzoso de diez millones repartido entre los notables de la ciudad. Por último, la tercera comisión, con el título de «especial y revolucionaria,» estaba encargada de funcionar como tribunal de guerra extraordinario compuesto de ocho jueces, para castigar en el acto y sin formalidad ninguna toda defraudación, todo robo

Facsimile de las firmas de Collet d'Herbois, Carnot, Roberto Lindet, Barrere, Billaud-Varennes y C. A. Prieur, en un decreto de la Comisión de Salvación pública del 21 de abril de 1794, con el sello de la misma

en la administración militar y toda inteligencia con el extranjero. Generales eran las requisas que se hacían para armar y vestir al ejército: según una cuenta presentada el día 9 thermidor á la Convención, fueron recogidos en la alcaldía 6,897 levitas, túnica, calzones y pantalones; 4,767 pares de medias, 16,921 pares de zapatos (1), 863 pares de botines, 1,531 capas, 20,518 camisas, 4,524 sombreros, 2,673 sábanas, 900 cobertores, etc. (2). Saint-Just se mostraba implacable contra los generales y oficiales que parecían de ideas sospechosas ó de virtud dudosa, y muchos fueron destituidos y encarcelados en masa, ó bien sumariados y fusilados por pelotones de sus propios soldados. La denuncia de dos simples soldados bastaba para que un general fuese conducido ante el consejo de guerra, es decir, llevado á la muerte. El día 31 de octubre, el agente de la comisión especial dice al ministro de la Guerra: «El coronel, un capitán y un ayu-

(1) Conocida es la disposición: «Diez mil hombres van descalzos en el ejército. Es preciso descalzar á todos los aristócratas de Estrasburgo inmediatamente y que mañana á las diez de la mañana sean enviados 10,000 pares de zapatos al cuartel general.» Firmaban Saint-Just y Lebas Fleury, II, pág. 43.

(2) ¿Qué se hizo de estas prendas? La petición de la burguesía de Estrasburgo, que aquí utilizamos dice: «La mayor parte de estos efectos quedaron amontonados en los almacenes; una parte de ellos se ha podrido ó ha sido pasto de los ratones, el resto se ha abandonado al primero que ha llegado; pero el objeto de la expropiación se ha conseguido y esto era todo lo que se proponían.» Fleury, II, pág. 44.

dante del regimiento 12 de caballería han sido fusilados durante la presente semana, delante del ejército, por haber promovido la desorganización y haber pronunciado frases anticívicas.» El general Eisenberg se había dejado derrotar: Saint-Just le envió á él y á todo su estado mayor ante la comisión militar, y todos fueron condenados á muerte y fusilados en el fuerte de Hanheim. En este mismo fuerte más de una docena de oficiales generales perecieron fusilados por sus propios soldados. Al pie de la letra cumplió Saint-Just lo que había prometido el día 10 de octubre, cuando en plena Convención describía los deberes de los representantes del pueblo en el ejército en los siguientes términos: «Deben ser los padres y los amigos de los soldados: deben dormir en tienda de campaña; presenciar los ejercicios militares; tener poco trato con los generales, para dar á los soldados, cuando les dirijan la palabra, mayores seguridades de justicia y de imparcialidad; el soldado debe encontrarlos día y noche dispuestos á escucharle. Los representantes han de comer solos; deben tener serenidad y acordarse de que la eterna ruina de los reyes vale más que una comodidad pasajera. Los que quieren hacer revoluciones en el mundo y practicar el bien no pueden descansar mientras vivan. Los representantes del pueblo deben vivir en el campamento como Anibal antes de llegar á Capua, y como Mitrídates deben, por decirlo así, conocer uno por uno los nombres de los soldados. Deben, en fin, perseguir toda injus-

ticia y todo abuso, pues en la disciplina de nuestro ejército existen graves faltas.»

Con su febril actividad en este sentido, su sanguinaria severidad contra todo aquel que no obedecía ciegamente, y con la brutalidad de la intimidación que llegó á hacer presa en ánimos esforzados, consiguió Saint-Just llevar á cabo lo que sus admiradores llamaron entonces el renacimiento del ejército del Rin, de aquel ejército que, desde la fuga de Weissenburgo (13 de octubre), había casi dejado de ser tal. «Tiempo era, escribía á París un patriota de Estrasburgo, de que Saint-Just visitara este desdichado ejército y asestara sus



Pichegrú

hachazos sobre el fanatismo de los alsacianos, contra la indolencia alemana, la necedad, el egoísmo, la codicia y la deslealtad de los ricos; de lo contrario podía contarse perdido este departamento. Saint-Just todo lo animó, lo enardeció, lo hizo vivir de nuevo, y para completar su obra llegan ahora de todas partes apóstoles revolucionarios, verdaderos descamisados (*sansculottes*); la santa guillotina se ostenta en toda su brillante actividad y el saludable terror realiza con fuerza admirable lo que, por lo menos en un siglo, no hubiera podido esperarse ni de la razón ni de la filosofía.»

Uno de los que en primera línea hacían trabajar la «santa guillotina» era un antiguo monje y profesor, Eulogio Schneider, el cual, como acusador en un tribunal revolucionario compuesto de tres jueces, había hecho dictar veinte sentencias de muerte en Estrasburgo, desde el 23 de octubre al 27 de noviembre (1). Este profesor, con su guillotina, juzgando y ejecutando á los que bien le parecía, recorrió los pueblos vecinos de Oberehnheim, Barr, Epfig y Schlettstadt. En la misma hora en que Schneider se atrevió á entrar en Estrasburgo en un coche tirado por seis caballos y acompañado de soldados de caballería con los sables desenvainados, dictaba

(1) Berriat-Saint-Prix, pág. 210.

Saint-Just una orden en la que se decía, que «el acusador público Schneider, ex-clérigo, que había nacido súbdito del emperador,» en castigo de la «ostentación insolente» con que había hecho su entrada en la ciudad, permanecería expuesto en la guillotina desde las diez de la mañana del día siguiente hasta las dos de la tarde «para purgar el ultraje inferido á la moralidad de la República» y luego sería conducido de brigada en brigada ante la comisión de Salvación pública de la Convención nacional. Esta orden fué cumplida al pie de la letra. Eulogio Schneider era un criminal porque había entrado en la ciudad con seis soldados de á caballo; pero sus delaciones que habían llegado al colmo de la infamia, sus acusaciones contra los anti-revolucionarios y la indignidad de los abusos que valiéndose de su poder había cometido para embriagarse y dejar que se embriagara los demás en los placeres, todos estos no eran delitos porque los cubría la buena causa con el ancho manto de su indulgencia. El celo devorador con que Saint-Just volvió á convertir el indisciplinado y necesitado ejército del Rin en un ejército apto para la lucha, y la perseverancia con que atendió sin vacilar al fin que desde un principio se había propuesto, que era hacer levantar el sitio de Landau, le daban derecho á atribuirse una parte principal del mérito de los hechos de armas con que se distinguió el ejército del Rin, combinado con el del Mosela, por mas que el logro de su objeto no se hubiera realizado bajo el mando supremo que Saint-Just había deseado. Desde fines de octubre era general del ejército del Rin Pichegrú, oficial que debía todo lo que era á los jacobinos. Los jacobinos de Besançon le habían nombrado su coronel; los de Estrasburgo le hicieron después general de brigada y de división y á la recomendación del poderoso Saint-Just debió finalmente el mando superior del ejército del Rin. El éxito debía demostrar si sus dotes de general estaban á la altura de su pureza de ideas: para Saint-Just tenía la gran ventaja de que además de su actitud, propia del hombre que conoce á fondo el arte y la ciencia de la guerra, le era completamente adicto, al paso que el nuevo general del ejército del Mosela, Lázaro Hoche, le era antipático por su indomable y despótico carácter y por su desmedido orgullo. A pesar de esto, la llegada de Lacoste y Baudot, comisarios de la Convención, hizo que en 25 de diciembre se confiara á Hoche el mando supremo de ambos ejércitos, y obra suya fueron el violento ataque del 26 de diciembre á las líneas de Geisberg y de Weissenburgo, la retirada de los austriacos mandados por el general Wurmsler y de los prusianos del duque de Brunswick, y la liberación de Landau el día 28. Por espacio de un mes ó poco menos (2), mostró Saint-Just en el ejército del Norte, á cuyo frente estaba su favorito Pichegrú, la misma actividad de que había dado pruebas en el ejército del Rin. El día 19 de diciembre de 1793 se presentó de nuevo en la Convención para ocupar la presidencia, como miembro mas joven que era, y siete días después se lanzaba con su ardor acostumbrado á la lucha de los partidos, á los cuales la enfermedad de Robespierre tenía en el mas profundo desorden.

En su discurso del 26 de febrero (3) atacó con tan impetuosa furia á Camilo Desmoulins, acusó con tanta dureza de traición á la patria y á la República á los que como Camilo Desmoulins pedían clemencia, que pudo creerse inminente una lucha á muerte entre dantonistas y robespierristas. Alentados por esta confianza Hebert y sus amigos creyeron poder salvar la vida por medio de una sublevación y recobrar así la preponderancia perdida, pero el arma de que se valieron de nada les sirvió (4), pues el fracaso de una tentativa de

(2) Según relación de Fleury, II, pág. 124.

(3) *Hist. parl.*, XXXI, págs. 298-311.

(4) *Hist. parl.*, XXXI, pág. 324.

rebelión era precisamente lo que necesitaban Robespierre y Saint-Just para aniquilarles. El día 13 de marzo, Saint-Just, en un largo discurso (1) á la Convención, dió cuenta de una nueva conjuración en extremo peligrosa para el pueblo francés y para su libertad y consiguió se diera un decreto en el cual se ordenaba prender y procesar inmediatamente á los culpables. En aquella misma noche fueron presos Hebert, Ronsin, Vincent y Momoro; y á la mañana siguiente sus cómplices, y todos ellos, en número de diez y ocho, fueron guillotinado el día 24 de marzo. Hebert murió tan cobarde é indignamente como impúdica y criminalmente había vivido; en cambio el ex-barón de Val-de-Grace, el conocido Anacarsis Clootz, á quien los franceses llamaban el barón prusiano por haber nacido en Cléveris, murió como un héroe. Delante del tribunal se declaró entusiasta fanático de la República universal y manifestó, con razón, que no le extrañaba ser guillotinado por una idea que en Roma le valdría ser quemado, en Londres ser ahorcado y en Viena ser enroscado (2). Mientras Hebert subió sollozando á la guillotina, Clootz pidió ser ejecutado el último, para poderse explicar ciertos principios mientras caían las cabezas de sus compañeros, y después que, sereno é impassible, los vió morir á todos, se entregó con imperturbable tranquilidad en manos del verdugo (3).

La ejecución de los hebertistas no dejó vacío ninguno ni infirió herida alguna mortal. El ejército revolucionario se dejó desarmar sin resistencia; la municipalidad fué modificada sin protesta; sin dificultad ninguna se reformaron los ministerios, especialmente el de la Guerra; y el club de los franciscanos, tan temido en otro tiempo antes de que apareciera el torrente de los jacobinos, desapareció de la escena como si nunca hubiese existido. Cuanto mas absoluto se mostraba el poder omnipotente de la comisión de Salvación pública, tanto menos motivo tenían los que en ella dominaban para extremar en su propio campo una lucha, ajena á toda cuestión de poder. Robespierre podía censurar cuanto quisiera por motivos personales á Danton y á Desmoulins, pero no podía hacerles prender como conspiradores: á sus ojos no habían cometido ni era de esperar que cometiesen ningún acto que mereciera la muerte, pues de lo contrario no les habría defendido en el club de los jacobinos, ni se habría opuesto á que de él fuesen expulsados; y desde entonces nada habían hecho que pudiera convertirlos en un peligro para la República. Entre él, hombre ascético, y aquellos otros hombres, aficionados á los placeres, y para los cuales el poder, la fama y la libertad nada valían si habían de turbar su vida de delicias, era imposible, una vez adquirido el mando supremo y á pesar de haber estado unidos en la lucha para alcanzarlo, una amistad leal y duradera. Pero tampoco era preciso que reinara mortal enemistad entre ellos, desde el momento en que Danton y Desmoulins no pedían mas que el derecho de exponer ideas personales, y no pensaban de modo alguno en una lucha por el poder ni por la influencia. Es, por lo mismo, muy verosímil que Robespierre no pidiera la cabeza de Danton ni la de Desmoulins sino que se limitara á abandonarles cuando Danton fué acusado por Billaud-Varennes, que después se jactó de la acusación (4), y

(1) *Hist. parl.*, XXXI, págs. 336-356.

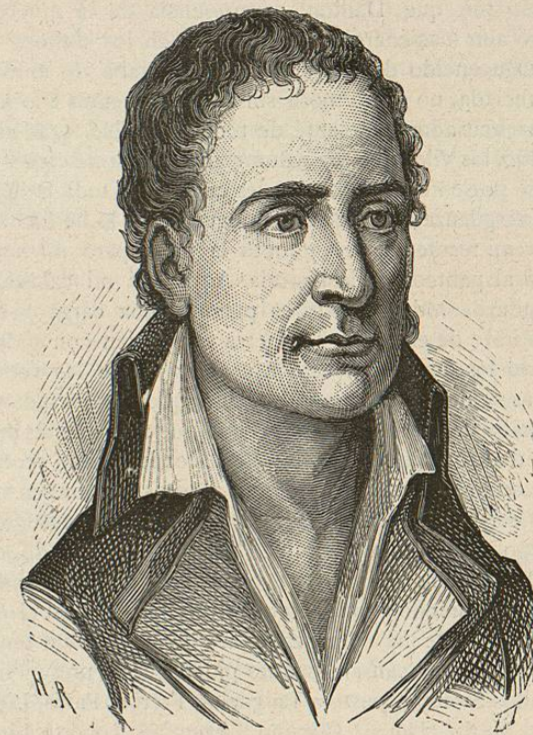
(2) *Brutable à Rome, pendable à Londres et ronable à Vienne*. *Campardon: Tribunal révolutionnaire*, I, pag. 240.

(3) L. Blanc es el que con mas preferencia defiende á estos hijos adoptivos de la Revolución contra Robespierre. *Hist. de la révolution*, X, págs. 212 y 327-328.

(4) En la sesión del 9 thermidor (27 de julio) decía Billaud-Varennes en presencia de Robespierre, á quien no se concedió la palabra: «La primera vez que denuncié á Danton en la comisión, Robespierre se levantó furioso diciendo que comprendía mis intenciones y que quería

Desmoulins por Saint-Just, á quien movía un resentimiento personal. Que ninguno de los dos era un peligro para la República lo demostró el hecho de que, á pesar de cuantos avisos y consejos recibieron, no se creyeron amenazados ni pensaron en la fuga ni en la resistencia cuando en la noche del 30 al 31 de marzo de 1794 fueron presos y conducidos á las prisiones del Luxemburgo, donde se les reunió con Lacroix y Philippeaux, que al propio tiempo que ellos habían sido detenidos.

Con motivo de esta prisión, Legendre, el 31 de marzo en la Convención, tomó la palabra para defender á su amigo Danton, de cuya pureza de ideas respondía como de las suyas propias, y esto movió á Robespierre á pronunciar un dis-



Philippeaux

curso (5) como nunca lo había pronunciado. Su lenguaje fué el de la mas brutal intimación, pues dijo que el que temblara ante aquel suceso, por esto solo merecía ser castigado, ya que la inocencia no temía á la pública vigilancia: la mera discusión de la cuestión de si los diputados presos debían ser juzgados por la Convención constituía un delito contra la libertad y contra la igualdad. Este lenguaje, mas propio de un tirano que de un ciudadano, probaba que este tirano se había dejado tiranizar por otro. La dureza con que se desentendía de Danton y de sus amigos, que durante tanto tiempo lo habían sido suyos, demostraba el miedo que tenía de ver puesta en duda en otro proceso la excelencia de sus propias opiniones; y quién era el que tal miedo le inspiraba aparece claramente en el discurso de Saint-Just (6), en el cual se pintaba á Danton como un monstruo de infamias, de quien nunca hubiera debido llamarse amigo ningún buen patriota. «Hay algo terrible, decía Saint-Just, en el santo amor de la patria, pues es tan absolutamente exclusivo que todo lo sacrifica al bien público, sin compasión, sin espanto, sin consideración humana alguna. Él destroza el corazón de Manlio, sacrifica la amistad, etc.» Robespierre había hecho

perder á los mejores patriotas.» *Hist. parl.*, pág. 23. Véase L. Blanc, V, paginas 351-352.

(5) *Hist. parl.*, XXXII, págs. 69-74.

(6) *Hist. parl.*, XXXII, págs. 76-103.